

Desigualdad, economía e historia. Comentarios a José Miguel Martínez Carrión



Julio Djenderedjian

Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina.
Correo electrónico: juliodjend@yahoo.com.ar.

Artículo recibido: 21 de agosto de 2020
Aprobación final: 30 de septiembre de 2020

Resumen

El texto reflexiona sobre las formas de realizar estudios históricos sobre desigualdad económica, a partir del trabajo de José Miguel Martínez Carrión en este mismo volumen.

Palabras clave: Desigualdad, Argentina, América Latina, Jorge Gelman, Instituto Ravignani.

Inequality, economics, and history. A comment to José Miguel Martínez Carrión

Abstract

This text reflects about the different ways of conducting historical studies on economic inequality, drawn from José Miguel Martínez Carrión's work in this same volume.

Keywords: Inequality, Argentina, Latin America, Jorge Gelman, Ravignani Institute.

El agudo y fundamentado trabajo de José Miguel Martínez Carrión, al pasar revista al lugar global y regional de la historiografía argentina sobre la desigualdad (y al impulso que, en particular, le imprimió Jorge Gelman), no deja sin embargo de recordarnos las muchas tareas que al respecto aún nos quedan por hacer, y las dificultades que esas tareas traen aparejadas, al tener que llevarse a cabo en

un ámbito en el cual los desafíos interpretativos y los elementos a considerar interpelan dramáticamente los recursos existentes y el bagaje teórico disponible. No podría estar más de acuerdo con ese y otros rasgos que ha ido delineando; y son justamente algunos de ellos los que me permitirán extenderme en lo mucho que el legado de Jorge ha contribuido a marcar los avances hasta ahora logrados, y probablemente aún incluso a buena parte de los que habrán de sobrevenir.

Uno de esos rasgos, que creo cardinal, es la atención prestada a las dimensiones históricas de la economía; al peso, por expresarlo en términos más toscos, de una mirada atenta a los actores desenvolviéndose en el ámbito y las circunstancias que les tocó en suerte vivir. Esa mirada no se contaminaba por la obligada atención al detalle: buscaba en cambio trascenderla, no perdiendo de vista cuestiones fundamentales, las que, desde ya, sin dudas contribuían a poner aún más en relieve por su misma insistencia en rodearlas del contexto necesario para darles sentido y entenderlas. De ese modo, la caída de los paradigmas estructurales ocurrida desde el final de los años 1970 (de la que Jorge fue testigo y también, a su modo, partícipe) implicó una oportunidad muy bienvenida para liberarse de corsés interpretativos y poder repensar en libertad una agenda que sin embargo seguía manteniendo en vigencia varios de los problemas de antaño. Uno de ellos, en particular: cuáles habían sido los fenómenos que recurrían, y cuya disección se veía necesaria, para encontrar claves profundas de la economía nacional, y de su larga y tormentosa existencia. Esa preocupación marcó así en Jorge no sólo el estudio de la desigualdad; antes que éste, inspiró su acercamiento al mundo rural, y antes aun pautó su atención sobre uno de los sectores clave del mundo colonial, el de los grandes comerciantes.

Esa mirada y esa preocupación daban obviamente un lugar indiscutido al análisis del largo plazo, en el cual las transformaciones estructurales pudieran identificarse mejor; se trataba además de una mirada compleja, multicausal, en lo que es quizá el fruto mejor decantado de ese proceso de emancipación logrado con respecto a los antiguos dogmas teóricos. No es contradictorio que, para cumplir esa agenda, los estudios a menudo replicaran casos puntuales y se limitaran a períodos cortos: esa era en realidad la única forma de conciliar el ancho campo de las perspectivas trascendentes con un análisis en profundidad de la minuciosa evidencia empírica que debía ser su imprescindible sostén, a fin de liberar esas perspectivas de los escarceos en vacío a que fatalmente las habían conducido las excesivas simplificaciones de antaño. De ese modo, nada resultaba más adecuado para llevar a cabo tareas concretas en ese marco de acción que la profesión de historiador, por el entrenamiento y herramientas que suele proveer para la reconstrucción de la dinámica complejidad de la economía del pasado. A ello ha apuntado Martínez Carrión al recordar que la historia económica en Argentina se hace en buena medida en facultades de humanidades, y por historiadores. Sin embargo, eso implica a menudo desventajas en el manejo de la teoría económica y de las fórmulas más adecuadas para dar cuenta en manera sintética de grandes y engorrosos fenómenos. Al respecto, uno de los aportes fundamentales de Jorge fue justamente prestar mucha atención a ambas cosas, enfatizando a la vez la gran ventaja del punto de mira humanístico, para poder restituir, de una manera

razonablemente cercana a esa antigua realidad inasible, la concatenación de los grandes cambios estructurales en el contexto en el cual habían tomado decisiones los actores fundamentales de esos dramas. Ello implicaba necesariamente elaborar un largo catálogo de móviles y condicionantes a tener en cuenta para explicar causas y efectos que hoy, a décadas o siglos de los hechos, suelen parecer acotados, al desvanecerse en el olvido múltiples alternativas que eran sin embargo posibles en el momento en que ocurrían.

Todo ello se materializó en los estudios sobre la desigualdad en épocas anteriores al siglo XX, que fueron en gran medida promovidos por Jorge y cuya obra nos convoca en esta mesa. Y es patente en una de esas consecuencias, el proyecto de investigación institucional que Jorge impulsó y concretó, encarado en la actualidad por buena parte de los investigadores del Instituto Ravignani, que busca estudiar las muchas dimensiones de la desigualdad: no sólo las relativas a la riqueza o el ingreso, sino también, y sobre todo, la desigualdad horizontal, marcada por discriminaciones difícilmente cuantificables, como las operadas en el acceso a la justicia, el honor, los símbolos y los cargos de poder, o los espacios de participación política. Testimonios de todas esas dimensiones, no por casualidad, aparecen en las fuentes del pasado lejano a menudo mucho más abundantemente que los relativos a la desigualdad económica, mostrando de una u otra forma por dónde pasaba buena parte de los valores prioritarios de esas sociedades, o cuáles eran los elementos que, quizá más que una cierta dotación en pesos o en tierras, eran determinantes para el ascenso y la consideración social en esos hoy lejanos años. Es obvio que en donde se valoraba particularmente el éxito económico, como ocurría en las ciudades de la vertiente atlántica del Río de la Plata, la segregación por criterios que iban más allá de la posesión de bienes era más relativa que en otros; pero es justamente el clivaje entre éstos y aquellos ámbitos (y el grado en que unos criterios podían obstruir a los demás) lo que resulta imprescindible develar para comprender en forma acabada hasta qué punto una sociedad era desigual. Y es algo que difícilmente pueda hacerse sólo elaborando índices de Gini o completando tablas sociales.

Por eso resulta tan importante atender a las múltiples dimensiones de la desigualdad, aun cuando sólo nos interese medir la disparidad de fortunas. Pero si la riqueza, como bien socialmente valioso, parece conformarse en proporción creciente de bienes no materiales a medida que nos situamos más atrás en el tiempo, de todos modos, la tranquilidad que creemos nos brindan los datos disponibles desde el siglo XIX para elaborar aceptables cuantificaciones patrimoniales puede resultar tanto o más ilusoria que un índice mal soldado a la realidad de la que pretende dar cuenta. Se trata en esencia de la existencia de dos problemas: el primero, que hasta que los estados contaron con burocracias especializadas y efectivas, rara vez o nunca los registros lograban cubrir la totalidad o al menos parte importante de los bienes personales de una proporción sustantiva de individuos. El segundo, que aun cuando ello sí ocurriera, el origen mayormente fiscal de los datos tiende a concentrar la información sobre un abanico reducido de esos bienes, en que los principales no son siempre los más evidentes. Es lo que ocurre con la propiedad inmueble, por ejemplo. No está de más recordar al respecto hasta qué punto los

mayores patrimonios de la época colonial se labraban en especial sobre deudas activas, y todo cuanto las mismas suponían: en primer lugar, la posibilidad de cobrarlas, es decir, la validez y eficacia de las redes relacionales (y de los marcos institucionales) que facilitaban o entorpecían el giro comercial y financiero. En segundo lugar, es sabido hasta qué punto esas deudas activas a menudo significaban en esos tiempos antiguos bastante más que sus montos en dinero: el contrato de habilitación generaba lazos de obligación desiguales, y aun de subordinación, resaltados aún más por instrumentos complementarios (vínculos de parentesco, dependencia formal o informal, controles accesorios sobre las mercancías a vender o con las cuales repagar el crédito recibido). Tampoco estaría de más apuntar que la tierra, considerada desde muy antiguo el bien fundamental por excelencia en determinadas economías de antiguo orden (y de allí su clásica trascendencia interpretativa), sin embargo en otras regiones sólo tardíamente se constituyó en porción principal del patrimonio productivo. Así, apenas formaba en promedio, por ejemplo, un 21% del valor de las estancias bonaerenses en el período 1816-1852 (Garavaglia, 1999: 711). Pero además, es quizá justamente en los patrimonios menos destacados donde la propiedad inmueble estaba en general ausente, y el peso de otros bienes era mucho más considerable; sin embargo, a menudo esos bienes no llegaban al registro por su escasa significación fiscal, a pesar de ser cardinales para muchas personas en el duro trajín diario de ganarse la vida. En instancias como esas la sensibilidad del historiador destaca todavía más; y debe a menudo también suplir la falta de información con un cabal conocimiento de mercados, de márgenes y de precios.

Para superar inconvenientes de ese tenor suele echarse mano de indicadores alternativos, como los ligados a la estimación del ingreso. Pero ese camino tampoco está exento de tropiezos. El más evidente radica en qué es lo que debemos entender por ingreso cuando la palabra misma no existía, al menos no en el sentido que hoy le otorgamos. Sólo por mencionar uno de los puntos más oscuros en un siempre largo inventario, el salario o el jornal en dinero, empleados universalmente para calcular ingreso e índices de bienestar cruzándolos con canastas de consumo, desde México hasta China, y desde el siglo XV al XX, era algo más bien raro antes del XIX, salvo en las naciones de Europa occidental donde la manufactura había ido adquiriendo dimensiones crecientes, o en los contadísimos centros industriales a gran escala del resto del mundo.¹ En el antiguo régimen, las relaciones de trabajo estaban comprendidas dentro de un marco social y moral que las trascendía, formado esencialmente por vínculos jerárquicos, muy marcados en esos tiempos, entre personas de distinta "calidad". Ese marco tenía parte importante en el establecimiento del nivel o incluso en la existencia misma de remuneraciones en dinero o en bienes, implicando además un activo rol patronal en materias hoy decididamente comprendidas en ámbitos puramente personales.² Por tanto, la

1 El hecho de que sólo recientemente se haya puesto en evidencia que los procesos industriales (y la consiguiente presencia de masas de asalariados) no fueron exclusivos de Europa del Norte es engañoso al sugerir que, si había cosas en común entre Birmingham y Jingdezhen, debía haberlas también con otros lugares del mundo. Sobre las características industriales del centro de elaboración de porcelana en la ciudad china de Jingdezhen, Hsu (1988), pp. 135-159.

2 Como lo ha marcado Grenier (1996), la jerarquía de las personas se trasponía a los bienes; y ello afectaba lógicamente también a sus relaciones mutuas. No es así nada raro que las brechas de remuneración

remuneración en dinero podía no estar expresando el equilibrio de la oferta y la demanda laboral en un momento y lugar dados, sino muchas otras cosas más.³

Asimismo, los medios de ganarse la vida formaban por entonces un amplísimo inventario, y nada nos autoriza a pensar que lo que se entendía por salario o jornal fuera lo mismo en tan vasto espacio temporal y geográfico, que incluía desde economías con presencia de variadas gradaciones de trabajo forzado, sectores cuentapropistas ampliamente dominantes, o complejas combinaciones de labor familiar, en estrategias muy distintas al paradigma europeo occidental. No es entonces sorprendente que ciertos cálculos de ingreso basados en el salario culminen en índices reñidos con la realidad, marcando por ejemplo niveles de vida inferiores a la mera subsistencia en momentos en que la población involucrada aumentaba a tasas de desfachatada robustez; ni es tampoco aleatorio que parezcan tornarse más representativos en momentos y lugares en que la relación salarial sí se había extendido hasta abarcar a la mayor parte de la población trabajadora.⁴

Desde ya, eso afecta aun a la misma recolección de evidencia; los registros que tomamos por salarios pueden no ser sino una muestra de un pequeño sector de la economía, con reglas que poco se condicen con las del resto. Pero aun suponiendo airoosamente superadas esa y otras instancias básicas, quedan todavía en pie más objeciones al método: por ejemplo, las prestaciones remuneradas con bienes diferentes a un determinado monto de dinero al final del día o del mes, o los cambios mismos sufridos por la relación laboral a través del tiempo.⁵ Y ello no es todo: más allá del salario, o incluso de los precios de los alimentos, los mismos términos de la fórmula son poco fiables. Basta un leve cambio en la composición

por género o etnia fueran considerables, como las que en ciertas regiones del antiguo virreinato del Plata separaban los salarios de indígenas y blancos criollos. Sobre la supervisión patronal de las vidas personales de sus empleados, valga el ejemplo de Valeriano Puisapotá, un indígena misionero que encontró absolutamente obvio requerir permiso para casarse a su patrón, Manuel Diez de Andino, hacendado de Santa Fe. Y éste a su vez, antes de autorizarlo, se molestó en enviar cartas al cura del pueblo de origen de Valeriano, quien respondió que en realidad el sujeto ya estaba casado, lo que implicó no sólo la negativa del permiso sino la obligación impuesta por el patrón a Valeriano de ir a visitar a su mujer regularmente. Fray Agustín Jauregui a Dn. Manuel Ignacio Diez de Andino, Pueblo de La Cruz, 16 de noviembre de 1793. En Archivo General de la Provincia, Santa Fe, Colección Diez de Andino, 23, fs. 53 y ss.; Diario de M. I. Diez de Andino, *ibid.* El capataz (esclavo) de la estancia del Rincón de Luna, en Corrientes, estaba encargado por sus patrones de cuidar que los peones fueran a misa los domingos, y que se pagara, con fondos de la estancia, la congrua del cura por sus confesiones. Jph. Fernández Blanco a José de Aguirre, Corrientes, 8 de enero de 1778. En Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Temporalidades de Corrientes, leg. 2, "Cincuenta y ocho documentos... ", IX-22-6-6.

3 Como lo afirmaba Lanfranco Zacchia (1672), el salario era más una recompensa o un honor antes que la retribución por una cierta cantidad de trabajo; y desde ya no se relacionaba con la compra de bienes de subsistencia, puesto que los mismos eran provistos aparte por el empleador, el cual debía atender a la calidad de los bienes a ofrecer al trabajador a fin de no caer en pecado de avaricia. Covarrubias ([1611-1674] 1987), pp. 800; 884, también asimilaba el término "salario" a "merced", recordando que "solemos llamar *mercenarios* a los jornaleros".

4 Es lo que parece surgir del contraste entre las áreas más dinámicas y las más tradicionales de la Argentina del último cuarto del siglo XIX. Ver Djenderedjian (2020).

5 Hacia 1885, muy lejos ya del fin legal de la esclavitud, servía en la casa de Adolfo Bioy en Buenos Aires una criada llamada Victoria; cierta vez que se mostraba reacia a cumplir una tarea, la madre del autor le dijo, por vía de admonición: "De ahora en adelante te voy a pagar sueldo", provocando la angustiada réplica de la aludida: "¡Ah, no, señora, por favor, eso no!", ya que hubiera significado colocarla fuera de la seguridad de la relación familiar. Victoria figuraría años después en el testamento de sus patrones, recibiendo una pequeña extensión de campo. Bioy (1997), p. 13.

de la canasta para conducir a significativas variaciones, capaces de poner a los indicadores muy por debajo o muy por encima de los niveles de subsistencia.⁶

No podrían entonces exagerarse las consecuencias que la imposición de un modelo de cálculo sesgado por una particular forma de entender la economía tiene en nuestra cabal comprensión del pasado. Si su utilidad se asienta supuestamente en la necesidad de efectuar comparaciones a nivel internacional, no es un asunto menor que esos indicadores muestren al cabo un panorama completamente contrahecho. La obsesión por reducir a una mera fórmula la desigualdad de ingresos o de fortunas, o cualquier otro fenómeno de alcance mundial, parece más propia de los poderes taumatúrgicos de una divinidad que de nuestros débiles balbuceos académicos. ¿Qué es entonces lo que justifica que sigamos tercamente buscándola? En primer lugar, su potencial credibilidad; es decir, que por fin nos lleve a un lugar capaz de ser sensatamente habitado. Luego, su capacidad para explicar otros fenómenos, que la completan y la problematizan. Y, en definitiva, que no contradiga la evidencia que la trasciende y la rodea. Si la medición de la forma en que un bien determinado se distribuye a lo largo y ancho de la escala social (o de una parte de ésta) nos sirve para entrever algo parecido a la dispersión o concentración de fortunas, es imprescindible que el panorama final no concluya allí, porque el cuadro debe ser dinámico y envolvente para que pueda restituírnos, de algún modo, una parte comprensiblemente útil de esa realidad pasada.

Es en ese sentido que los historiadores podemos aportar al debate sobre la desigualdad algo más que datos contrastables o reportes sobre casos puntuales. La recolección de evidencia empírica bajo pautas aceptadas, y su procesamiento para obtener indicadores aptos de ser comparados, debería hacerse con mirada de historiador, es decir desde una reconstrucción cuidadosa de las sociedades y momentos que se analizan, para que la labor individual y colectiva brinde resultados más sólidos que bellos y fútiles juegos de números. Hace mucho tiempo que se suele encontrar en la historia económica un excelente campo de pruebas para observar los efectos de determinados fenómenos que inquietan hoy en día a todos quienes vivimos en un mundo difícil e imprevisible; la confianza en que nos brinde algunas claves para prever sus resultados puede ser alentadora, pero también equívoca. Es tarea conjunta de historiadores y economistas lograr pulir las herramientas para que aquella labor nos sirva a todos. Uno de los legados de Jorge que creo más determinante radica justamente en su largo y fructífero esfuerzo en combinar ambas dimensiones sin perder de cada una de ellas lo que mejor las representaba. Confío en que ese legado continúe y se acreciente.

⁶ Por seguir con ejemplos del Río de la Plata, una canasta conformada en un 60% por carne y un 40% por pan da valores muy lejanos a otra en que ambas proporciones se invierten. La carne, bien de equilibrio, gozaba al menos hasta inicios del siglo XIX de precios estructuralmente muy bajos en comparación con el pan.

Bibliografía

- » Bioy, A. (1997). *Antes del novecientos*. Buenos Aires: Guías de Estudio Ediciones.
- » Covarrubias, S. de ([1611-1674]1987). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Alta Fulla.
- » Djenderedjian, J. (2020). El nivel de vida en un país naciente y diverso. Salarios, precios de alimentos y cobertura de una canasta de subsistencia en las 14 provincias de Argentina, 1875. *Investigaciones de Historia Económica - Economic History Research*, 16.
- » Garavaglia, J. C. (1999). Un siglo de estancias en la campaña de Buenos Aires: 1751 a 1853. *The Hispanic American Historical Review*, 79(4).
- » Grenier, J.-Y. (1996). *L'Économie d'Ancien Régime: Un monde de l'échange et de l'incertitude*. Paris: Albin-Michel.
- » Hsu, W.-Ch. (1988). Social and economic factors in the Chinese porcelain industry in Jingdezhen during the late Ming and early Qing period, Ca. 1620-1683. *Journal of the Royal Asiatic Society*, 120(1).
- » Zacchia, L. (1672). *De Salario seu operariorum mercede*. Roma: Lupardi.